LA HISTORIOGRAFÍA REGIONAL EN LA REVOLUCION.

Dr. Arturo Sorhegui
Universidad de La Habana

Un análisis sobre la evolución de la historia regional parte de la dificultad de lo que puede enmarcarse estrictamente dentro de esta modalidad de hacer historia. Desde finales de la década de 1960, la elaboración de historias regionales y locales parte – como tendencia - del interés en restituir los derechos a las dimensiones históricas concretas, las que se prefieren a las historias generales. En nuestro caso - sin desechar esta arista, y para alcanzar una visión retrospectiva en Cuba que nos permita reconstruir lo ocurrido en este campo antes y después de los años 1960 -, nos definiremos por privilegiar la forma particular que en las obras de nuestro interés se refleja la relación hombre – espacio en el tiempo. Interrelación estudiada en las necesidades de una sociedad concreta, en lo específico a sus intereses estratégicos militares, políticos administrativos, de comunicación terrestre y marítima, y de disposición de recursos; a lo que se incorporará la forma en que los autores escogidos, además de responder a las demandas propias de su realidad, fueron influidos por las diferentes corrientes historiográficas y por la evolución de los estudios estadísticos, demográficos; por los de la geografía y otras ciencias afines, y por estudios de ciudades (1), en un balance de lo que se ha avanzado en estas materias, en la evolución que comienza – como proceso - a partir de 1959, con el triunfo de la revolución cubana.

Dadas las singularidades de la evolución de Cuba como un territorio afectado por una anterior evolución colonial y neocolonial, se hace imprescindible retrotraernos, en esta perspectiva, a la evolución de la historia escrita precedente, para apreciar con mayor exactitud lo realizado en la historiografía regional a partir de 1959.

Antecedentes en la colonia y la república neocolonial.

El tratamiento de la relación hombre espacio puede detectarse en Cuba, por primera vez, a partir del surgimiento de una historiografía insular durante el siglo XVIII, cuando con objetivos bien determinados la asumieron representantes de la Sociedad criolla. Fue en el setecientos cuando la

naturaleza americana empieza a asumirse en la literatura, a partir de una interiorización propia de los sentimientos. Percepción presente en lo historiográfico, en una labor propagandística dirigida a magnificar el espacio de La Habana en su condición de sujeto histórico, como símbolo de los progresos alcanzados por sus habitantes, y prototipo de todas las perfecciones (2), que incluía, en sus indagaciones e inquietudes, la búsqueda de nuevos recursos para su avance futuro, al estilo de las opciones que le ofrecía la historia natural, ya que gracias al temperamento semejante del clima, y disponiendo de personas hábiles, podría proveerse al territorio de las preciosas producciones alcanzadas por Asia (3).

Estos historiadores criollos se pronunciaron, alternativamente, por un mejor aprovechamiento de la mano de obra indígena, o la de los esclavos africanos (4). En una búsqueda utilitaria de los recursos humanos y naturales disponibles, de la que participaba, también, la administración borbónica, que la alentó, desde sus perspectivas, para disponer de la información que le permitiera alcanzar su ansiada modernización en la explotación de sus colonias (5). En un intento por superar la anterior supervalorización de los recursos mineros, mediante la búsqueda de nuevos procedimientos para el aprovechamiento de materias primas destinadas al avance de las manufacturas españolas.

En el XIX, en el marco de la Sociedad Esclavista, los peligros atribuibles a los tradicionales ataques de ingleses y franceses, se multiplicaron con la posible invasión del territorio por parte de tropas independentistas provenientes de Colombia, México y el sur de los EEUU. Eventualidad que provocó un renovado interés en la metrópoli por disponer de una información estratégica más precisa de sus diferentes poblaciones, de los recursos con que contaban, de su ubicación y comunicaciones, y por propiciar expediciones científicas, al estilo de la que a inicios del ochocientos realizaron el alemán Alejandro de Humboldt, y el botánico francés Bonpland, con la autorización expresa del ministro liberal hispano Mariano Luís de Urquijo. Consecuencia de esta fue – entre otros trabajos trascendentes para el territorio americano - el “**Ensayo Político de la Isla de Cuba**”, publicado en 1807, y que consideramos el primer intento de aplicar concepciones de historia regional a nuestro territorio. Humboldt, estudia los factores geográficos, demográficos, físicos y económicos de la Isla, aplicando métodos estadísticos, en un momento que este acercamiento era incipiente, e hizo consideraciones desde el ángulo de la Economía Política, en una concepción interdisciplinaria propiciatoria de un acercamiento nada común a la realidad cubana, que buscaba caracterizarla en lo que le era distintiva – en una concepción comparativa - entre el conjunto de los territorios americanos.

La labor de Humboldt no fue desconocida por el grupo plantacionista habanero, ni en lo individual por su ideólogo, Francisco de Arango y Parreño, quien trató de aprovecharla al máximo. En su primera estancia, lo alojaron en las mejores residencias de los habaneros prominentes, y le facilitaron todas las facilidades para las expediciones que se propuso hacer al sur de La Habana y al centro del país. Y en 1804, en el momento de su segunda y última visita a la Isla, Arango y Andrés Jáuregui, le entregaron datos estadísticos muy completos, que el sabio alemán se encargaría de recomponer y aprovechar.

Los intereses de corte estratégico militar y de aprovechamiento de los recursos, tan caros a la metrópoli, eran compartidos igualmente por los insulares, enfrascados en una explotación económica moderna y de participación en el mercado mundial. Estrategia que tuvo cabida en la labor publicista de una institución propiciada desde la colonia: la **Sociedad Económica de Amigos del País de La Habana (SEAP)**, que inició en el mismo año de su fundación, 1793, la publicación de la primera serie de sus Memorias, algunas de las cuales, fueron propiciadas por la Comisión de Historia de dicha institución - en 1830-. Divulgación en la que sobresale la inclusión de monografías topográficas, de población e históricas en las que se hacía un uso prolífico de la compilación estadística, sobre territorios que al estilo de Nuevitas, Nueva Filipinas (actual Pinar del Río), Guantánamo, Isla de Pinos (actual Isla de la Juventud), Cienfuegos, Mariel, Bayamo, Sagua la Grande y otros, eran de su atención para: 1- prevenir, mediante su poblamiento, un posible ataque externo (6); 2- recopilar la información necesaria para elaboración de censos de población, como ocurrió con el de Francisco Dionisio Vives en 1825; y 3- dar continuidad, en nuestro territorio, a los Diccionarios geográficos estadísticos e históricos, que concluidos para la metrópoli, no incluían información sobre las colonias.

En ellas, colaboraron oficiales de los ramos del ejército y la marina española (7); curas de parroquias, que aportaron informaciones sobre sus registros; y afiliados a la SEAP, en sus diferentes diputaciones del interior del país, en una primera proliferación de estudios puntuales de diferentes espacios de la Isla, notables por su cantidad relativa, y por la importancia que se le atribuyó al tema de las historias locales (8).

De interés del grupo dirigente habanero, fue, asimismo, la inclusión en las Memorias de información estadística sobre fallecimientos, nacimientos y matrimonios; inmigración de la población blanca y su distribución en intramuros y extramuros; consumo de azúcar en diferentes partes del mundo; movimiento industrial, en cuanto a los extractos de padrones sobre

talleres existentes en La Habana; balanzas de comercio por el puerto de La Habana; y censos, tanto de la industria agrícola, de la industria técnica, del ganado existente, como de poblaciones en particular y de su movimiento comercial (9).

En términos generales, puede apreciarse en las Memorias de la SEAP de La Habana, un interés por sistematizar datos geográficos, económicos e históricos sobre espacios determinados, en una exigencia utilitario cultural muy propia de los nuevos intereses de la burguesía después del triunfo de la revolución industrial, presente en las “gazeteers” y “annuals” ingleses (10); percepción que se manifiesta también, pero de forma menos novedosa, en las obras de diccionarios geográficos, estadísticos e históricos que empiezan a propiciarse en España desde 1812, como ocurre con el de Pascual Madoz, de 1848 – 1850 (11). Y alcanza sus cotas más relevante en el espacio brindado a las compilaciones estadísticas, al punto que ningún otro país colonial exhibe un desarrollo estadístico semejante al cubano, al incluir largas series de la Balanza de Comercio del Puerto de La Habana y la Balanza del Comercio de la Isla de Cuba – prolongadas, esta última, hasta 1864 -, que sitúa a esta publicación en la vanguardia de lo que en el mundo se hace sobre este particular (12).

Hacia la cuarta década del siglo XIX, ocurren cambios fundamentales en la metrópoli y la colonia, que van a influir en la forma en que el tema espacial se había venido desarrollando. El arribo al poder, después de la muerte de Fernando VII en 1833, de los representantes de los diferentes sectores de la burguesía española, supuso un cambio de la estrategia de casi exclusiva dominación política propiciada hasta ese momento por el absolutismo hispano, y que sus exponentes trataron de extenderla a una sojuzgación económica. Expresión de esta nueva posición en el campo historiográfico, fueron los casos, entre otros, del gallego Ramón de la Sagra, y el gaditano Jacobo de la Pezuela, ambos con posiciones críticas con respecto a la trata negrera y a la efectividad de la mano de obra esclava. En el caso del primero, fue un destacado propulsor del uso inteligente de las estadística, como sucede con sus “Tablas necrologías del cólera morbo en la ciudad de la Habana y sus arrabales”, de 1833, y con la “Historia física política y natural de la Isla de Cuba”, en 13 tomos, publicados entre 1838 – 1861.

El segundo de los autores, es un destacado propulsor, en el “Diccionario geográfico, estadístico, histórico de la Isla de Cuba”, 4 tomos, 1863 – 1866, de una impresionante historia de corte erudito y documentalista sobre La Habana, en las 390 páginas que le dedica, en el tomo 3 de su obra. Es de destaque, asimismo, las noticias históricas que incluye de cada ciudad y jurisdicción de la isla, con información sobre su historia económica y de

cada una de las producciones en materia de azúcar, café, tabaco y ganado, entre otros géneros. En lo estrictamente regional, la obra de Pezuela tuvo su contrapartida, en el interés de los sectores medios habaneros por elaborar, hacia 1840, un Diccionario mediante el esfuerzo de Traquilino Sandalio de Noda y José María de la Torre (13), los que, sin apoyo para la consulta de los archivos, fracasaron en el empeño. Aún con estos inconvenientes, Ambrosio del Valle Hernández obtuvo resultados provechosos, en la elaboración y recopilación estadística, razón por la que ha sido considerado el primer demógrafo cubano (14).

Coherente con los trabajos de los últimos tres autores citados, fue la obra de Esteban Pichardo y Tapia, quien confeccionó entre 1845 – 1855 una “Geografía de la Isla de Cuba”, cuyos primeros 4 tomos referidos exclusivamente a Pinar del Río, no tuvieron continuidad por carencia de recursos. Pichardo, escribió además una “Carta geo-topográfica de Cuba (1835), así como una “Carta geo-hidro-topográfica de la Isla de Cuba”, que, terminada en 1875, fue considerada, en su época, el mejor trabajo cartográfico realizado en los dominios españoles, y le aportó a Pezuela - al señalar los niveles, los ríos, lagos, profundidades de la plataforma insular, ciudades, pueblos, caseríos, ingenios, cafetales, caminos, ferrocarriles, fincas, etc.-, la base necesaria de localización geográfica para la confección de su Diccionario (15).

El nivel alcanzado en los estudios hombre – espacio, adquiere nuevas connotaciones hacia 1899, cuando terminada la dominación española, y sin la organización de un gobierno que fuera el resultado de una victoria militar de las fuerzas independentistas insulares, se establecen nuevas relaciones estratégico – geográfico y económicas para la Isla, auspiciadas por una nueva potencia: los Estados Unidos de Norteamérica. Las que se hacen particularmente efectivas durante la ocupación militar de 1899 a 1902, mediante el ferrocarril Van Horne, que se extiende desde la zona central a la oriental del territorio; y por intermedio de la elaboración del censo de 1899, que les brindó a los extranjeros la información sistemática que, según las nuevas concepciones técnico estratégicas, debía disponerse.

La avalancha política, económica y cultural que la nueva dominación supuso, encontró una actitud asimilista, pero también de resistencia en las concepciones nacionalistas. Una expresión de estas intenciones, en el tema de nuestro interés, la encontramos en la continuación de las historias locales del siglo XIX, en las que persiste el mismo afán erudito, pero se manifiesta, en cambio, una mayor sistematicidad y despliegue hacia las comunidades a las que va dirigida el estudio. Tendencia presente en las “Crónicas de Santiago de Cuba”, publicadas entre 1908 y 1913 por Emilio

Bacardí Moreau, y en los más extensos “Anales y efemérides de Remedios y su jurisdicción”, de José A. Martínez-Fortún Foyo, o en los trabajos de Manuel Pérez Beato sobre La Habana Colonial, fruto también de una publicación continua, en la revista “El Curioso Americano”. Resultado presente, en un rango menor, en la Historia de de la villa de Sagua la Grande (1905), de Antonio Miguel Alcocer, y en la Memoria histórica de Cienfuegos (1920), de Pablo Rosseau y Pablo Díaz de Villegas.

Posición contrapuesta a la anterior, fueron los trabajos propiciados por las Compañías especuladoras en tierras, que contaron con el apoyo financiero del Ferrocarril Southern Pacific de los EEUU, y en la naviera Munson Steamship Company. De ellas fueron expresión, la revista “The Cuba Review, y los resultados investigativos de la historiadora norteamericana Irene Wright, en “Santiago de Cuba y su región durante la primera mitad del siglo XVII” (1916), y en “The Island you should know. The Isle of Pines” (1923).

Una modernización en los estudios históricos se alcanza en la Isla, hacia la década de 1920, con los inicios de las obras de Ramiro Guerra Sánchez, Fernando Ortiz y Emilio Roig de Leuchsenring, mediante el accionar de una nueva generación historiográfica que influye, incluso, en la elitista Academia de la Historia (1910), con la incorporación de figuras jóvenes que van incursionar en la historia regional y local, aunque sin que se expresara de inmediato, en este campo, alientos innovadores, como ocurre con la monografía sobre Mantua, de Emeterio Santovenia, publicada en 1921, y las historias documentadas sobre La Habana en los siglos XVI y XVII, de la ya mentada historiadora norteamericana Irene Wright (16). Un despunte hacia tendencias más avanzadas, se da, en cambio, en 1936 cuando el prestigioso colectivo de la Geografía Humana francesa, incluye a Fernando Ortiz, en la codirección del tomo XIX de su colección, en el volumen que con la iniciativa de Max Sorre, se elabora sobre “Las Antillas”. En el referido libro, se reconoce, asimismo, la colaboración de otros miembros de la Sociedad geográfica de Cuba, como son los casos de Salvador Massip, Juan Tomás Roig y A. de Carricarte, entre otros.

Entre las innovaciones de la década del 20, cabe apuntar, entre otras, las de los estudios que para el embellecimiento y ensanche de la ciudad, aportaron los urbanistas, mediante la confección de planes directores e intentos de una planificación del entorno ciudadano. Tendencia no ajena a los problemas propios de una urbe que desde principios del siglo XX supera los 200 mil habitantes. En esta perspectiva, cabe señalar los trabajos de Abel Fernández Simón (1915), Enrique J. Montelieu, y Pedro Martínez Inclán. Este último, en su libro “La Habana Actual” -escrito en 1909, pero publicado en 1925-,

en que aboga por situar en la Ermita de los Catalanes, actual Plaza de la Revolución, el nuevo centro de la ciudad. A la temática de la incorporación de un cinturón de bosques que la rodeara, a manera de jardín, se sumó la de acompañarla de una red de avenidas que afluirían al nuevo centro citadino. Podemos considerar, que parte de esta visión actualizada, fue la incorporación de la temática sobre la construcción de viviendas populares.

Los afanes modernizadores en el campo de los estudios regionales y locales alcanzan un nuevo impulso al término de la Segunda Guerra Mundial, con tres trabajos de Ramiro Guerra y Sánchez: “Mudos testigos” (1948), el primer capítulo de la “Guerra de los 10 Años” (1950-52) y “Por las veredas del pasado” (1957). El aserto de incluir a “Mudos testigos” y “Por las veredas del pasado”, como obras de temática local, corresponde al historiador cubano Oscar Zanetti, quien las valora, además, por sus aportes al manejo subjetivo, y hasta íntimo, en la reconstrucción del pasado (17). Un reconocimiento más generalizado, entre los especialistas, alcanza el primer capítulo de la “Guerra de los Diez Años”. En este, Guerra y Sánchez hace un análisis de la estructura económica y demográfica de las regiones en que durante el transcurso de la guerra se manifestó el caudillismo, abriendo, de paso, nuevas opciones para una valorización más abarcadora y científica de nuestra evolución anterior, y de las opciones que era de esperar de las regiones preteridas en el siglo XIX, habida cuenta que fue a partir de ellas que, en el siglo XX, emanarían las fuerzas motrices del nuevo proceso revolucionario que se gestaría en América con la revolución mexicana (1911).

El incremento de los precios ocasionados por la Segunda Guerra Mundial, fue un nuevo incentivo en el interés por los estudios regionales. A nivel macro, el problema se presentaba para América Latina y el Caribe, en la disyuntiva del desarrollo y el papel que les correspondería desempeñar a las diferentes regiones. Lo que ocasionó, en este momento, que las ciencias de la planificación se incorporaran a las investigaciones regionales, en estudios que fueron especialmente socorridos en Cuba, dado al mayor peso alcanzado en el territorio por la crisis mundial de 1930, devenida en crisis estructural en la décadas de 1940 a 1950.

En circunstancias en que la conciencia sobre la necesidad de los estudios regionales alcanza su mayor avance, se realizaron, por Emilio Roig de Leuchsenring, las convocatorias a los Congresos Nacionales de Historia; se fortaleció, la revista “Cuadernos de Historia Habanera”, dirigida por el propio Roig, y exponente de algunos de los resultados más significativos con la publicación, en sus páginas, de “La Habana de Velázquez”, del paleógrafo e historiador español Genaro Artiles; se promovieron, desde

1952, monografías sobre zonas de gran interés, como fueron los casos de La Esperanza-San Diego del Valle; Artemisa-Guanajay: Zaza del Medio-Taguasco; Santa Cruz del Sur y Nuevitás; Ciego de Ávila y Morón; Yateras y Sagua de Tánamo, así como de territorios deprimidos, en los casos de Baracoa e Isla de Pinos, por parte del Banco de Fomento Agrícola Industrial (BANFAIC). Y la Real Academia de la Historia, inició la convocatoria de un concurso para la publicación de biografías de las 6 provincias cubanas.

Los resultados, sin embargo, no fueron homogéneos. Los más significativos, fueron los de los Congresos Nacionales de Historia, con llamados sobre la necesidad de que la historia regional y local fuera considerada uno de los elementos básicos de la versión historiográfica del pasado nacional (18). En un segundo orden, debe considerarse la labor especializada del BANFAIC, que tuvo entre sus defectos la pobre divulgación de sus trabajos, y lo que es más importante, el insignificante aprovechamiento que se hizo de sus recomendaciones. Y, por último, no se avanzó con las Biografías de Provincias, convocada mediante concurso por la Academia de la Historia, y que a no ser por la de “La Habana. Biografía de una Provincia” de Julio Le Riverend, publicada en 1961, carecieron de una concepción moderna para el análisis del espacio en el tiempo, al punto de no poder dar respuesta al proceso que culmina en la formación de las divisiones administrativas con las provincias.

Entre las innovaciones, figuran, en otro campo, los esfuerzos por concebir la evolución de Cuba dentro del conjunto de los territorios americanos, en una franca superación de las historias particulares. Tendencia manifiesta en el libro de José Luciano Franco, “Política continental americana de España en Cuba” (1947), y en la monografía de Le Riverend, “Relaciones entre Nueva España y Cuba (1518 – 1820)”, de 1954. En el primero, se reproduce la red de espionaje que en su momento llegaron a organizar los Capitanes generales Juan Ruíz de Apodaca, José Cienfuegos, y Francisco Dionisio Vives, además del intendente Ramírez en la Luisina y el sur de los Estados Unidos, con puntos de observación y acción con respecto a México y otros territorios americanos. Mientras en el segundo, el interés se concentra en las relaciones ínter coloniales existente entre nuestros territorios, en la misma medida que ciertos puntos intermedios, al estilo de La Habana y Veracruz, sirvieron de canales para los vínculos espaciales y se manifestaron en el trasiego de mercaderías, capitales y población.

La importancia que debía brindarse a los estudios regionales y lo desigual de la repartición de las riquezas en la Isla, en perjuicio de la mayor parte del territorio y con el exclusivo beneficio de la capital, fue una apreciación

consensuada de la generación del 1940, que tuvo entre sus integrantes a algunos de los historiadores que influirán en la evolución de los estudios históricos durante la Revolución. Dentro de este conjunto, corresponde lugar preeminente a jóvenes de izquierda, y con formación marxista, en los casos de Julio Le Riverend, Manuel Moreno Fragnals y Carlos Funtanellas, participantes en los cursos que para el ensanche de los estudios historiográficos sobre los diferentes territorios de América, abrió el Colegio de México (19). Y de Juan Pérez de la Riva, quien sin participar en las becas del Colegio de México, cursó estudios en la Universidad de Grenoble, en la carrera de Historia y Geografía, y fue influido, mediante su profesor Raoul Blanchard, por el grupo de Anales, en especial de Marc Bloch, en lo concerniente a la reconstrucción de los paisajes históricos, a una comprensión mucho más dinámica de la relación hombre naturaleza, y en la percepción del nivel técnico productivo que el hombre alcanza en sus diferentes momentos históricos.

La Revolución. Primeros años (1959 – 1965).

En su búsqueda de la justicia social, la revolución cubana de 1959 significó un vuelco radical en la evolución del país, al proponerse – entre otros fines - la superación de las grandes diferencias regionales y locales, así como una transformación de las estructuras territoriales, mediante una acción integral dirigida a extender la educación y los servicios de atención médica a los diferentes espacios del país, y a balancear el excesivo predominio de la capital en cuanto a la distribución de las riquezas, haciendo un uso práctico y utilitario de las posibilidades de la planificación.

La necesidad de esta transformación, ya apuntada anteriormente por los exponentes más avanzados de la historiografía insular, y presente a escala mundial en el interés por restituir los derechos a las dimensiones históricas concretas, alcanza, en el caso cubano, la singularidad de su asunción por el Estado revolucionario que la eleva al nivel de voluntad política, provocando una modificación de las condiciones de la creación historiográfica. Parte de estas transformaciones, se asumieron con la Reforma Universitaria (1962), que convirtió a la historia en una rama independiente del saber, con centros para su estudio en las Universidad de La Habana y Santiago de Cuba, que hasta ese momento solo la contemplaban como una especialización opcional dentro de la carrera de Filosofía y Letras. Se extendió, con posterioridad, a las instituciones científicas en la Academia de Ciencias de Cuba y a varios ministerios, en un marcado interés por sistematizar la investigación histórica en todas sus especialidades. Y está presente, en la fundación de archivos provinciales y municipales, y de museos por todo el país.

El impacto que implicó la Revolución en el desarrollo de la historia regional, y en general en las Ciencias Sociales, tuvo trascendencia, asimismo, en América Latina con un cierto abandono de la historiografía tradicional anterior, y una influencia más marcada del marxismo y, en menor medida, de los presupuestos de Annales y de la teoría de la dependencia, además de los debates propios de las teorías cepalistas en torno a los problemas del desarrollo y crecimiento de las naciones (20).

Los progresos resultantes de la institucionalización y extensión de los estudios universitarios y los centros de investigación, si bien apuntaron a una profesionalización de los estudios históricos - presente desde hacía una centuria en una buena parte de Europa (21)-, no significaron una progresión cuantitativa inmediata y de consideración en nuevas obras. En estos primeros siete años (1959 – 1965), se hizo ostensible las posibilidades multiplicadoras de historiadores como Julio Le Riverend, Manuel Moreno Fragnals, Carlos Funtanellas y Juan Pérez de la Riva de hacer de su vocación, el objeto mismo de su trabajo diario. Así se constata con Le Riverend, a quien en 1962 se le encomienda la dirección del Instituto de Historia – Archivo Nacional, y se le nombra Vicepresidente de la Academia de Ciencias; con Moreno, que de gerente de empresas en Venezuela, devino en 1963 profesor de la Universidad Central de las Villas; con Pérez de la Riva, asesor del Instituto Nacional de Reforma Agraria, futuro profesor de demografía de la Universidad de La Habana y director de la Revista de la Biblioteca Nacional José Martí; y Funtanellas, quien de un trabajo profesional en el ya citado BANFAIC, pasó a dirigir el grupo de investigaciones de la Escuela de Historia de la Universidad de La Habana, y cumplió, con posterioridad, iguales funciones, en sustitución de Le Riverend, en el Instituto de Historia.

A ellos y a historiadores de una generación anterior - como fue el caso de Fernando Ortiz-, se debe, en estos años, los trabajos más significativos en Historia Regional. Entre estos, “La Habana (Biografía de una Provincia)” (1961) y “Trinidad colonización fluvial y aislamiento” (1960), de Le Riverend; “El Ingenio”, su primera versión (1964), de Moreno Fragnals; y la publicación de los primeros trabajos de Juan Pérez de la Riva, en lo concerniente a la trata negrera y la inmigración de culíes chinos. Así como “Historia de una pelea cubana contra los demonios”, de Fernando Ortiz (1959).

Lo exiguo de las obras apuntadas resulta inversamente proporcional a su significación para el avance de la regionalística en Cuba. Situación ostensible con la recuperación, por Pérez de la Riva, de los estudios sobre

población e inmigración, tan comunes en el XIX, pero poco frecuentes desde el ángulo de las consideraciones histórico-demográficas, en títulos tales como “La Población de Cuba” (1964), “El monto de la inmigración forzada en el siglo XIX” (1964), y “Aspectos económicos del tráfico de culíes chinos a Cuba, 1853-1874” (1965). Presente en “El ingenio”, primera versión, de Moreno, en un libro que si bien no es propiamente de historia regional, dedica un capítulo al tema de la trata y asume concepciones regionales, al interesarse en la expansión de la plantación y la transformación que esta implicó para el medio insular. Y con sus cotas más altas, en “La Habana (Biografía de una provincia)” de Le Riverend, que constituye una obra clásica sobre el tema, al asumir lo regional como objeto mismo de la investigación, interesándose en un proceso que inicia en la región natural y continua en las transformaciones que el pueblo que la habita alcanza en etapas más complejas de su desarrollo.

La obra cumbre de Fernando Ortiz, “Historia de una pelea cubana contra los demonios”, asume, asimismo, aristas de historia regional, al analizar la fundación de Santa Clara, a fines del XVII, a iniciativa del territorio madre de Remedios, y como resultado de una compleja gama de intereses, entre ellos los personales, en la búsqueda de una nueva ubicación territorial que coincidía con la ruta del camino central de La Habana. De especial interés resulta, asimismo, la segunda edición, muy aumentada, de “La Habana, Apuntes históricos” de Emilio Roig de Leuchsenring. A la que se añaden, “Memoria histórica de Palmira” (1963), de Agustín Serize, y “Restauración de un cafetal de colonos franceses de la Sierra Maestra”, de Fernando Boytel.

1965 – 1970.

A partir de 1965 y hasta 1970 aproximadamente, el reflejo en la historiografía cubana de la ocupación y utilización del espacio en el tiempo, sufre un nuevo vuelco aparte de aquel que se produce en los primeros años del triunfo revolucionario (22). Es en esta etapa cuando auspiciada por la Academia de Ciencias de Cuba, se publican las primeras monografías relacionadas con los planes agrarios y de fundación de comunidades iniciados en 1959; y tiene lugar, al final del período, al calor de las conmemoraciones por los cien años del inicio de nuestra gesta de independencia, el origen de una concepción que implicaba propiciar la asunción de la historia por parte de sus propios protagonistas, en las acciones que se realizaban en los colectivos de obreros y trabajadores agrícolas, mediante la elaboración de historias de los diferentes centros productivos; sus comunidades, territorios etc.; para los cuales se instrumentó el Concurso de Historia 1ero. de enero. En una proyección no

dirigida hacia los especialistas y profesionales de la historia, pero que descansaba en ellos para la orientación de las obras y la elección de las de mayor calidad.

Las acciones que para la transformación del territorio nacional se llevaron a efecto desde 1959, y de las que resultó – entre otros beneficios - la construcción de más de 600 comunidades, y, de hecho, una nueva división político administrativa en 1962, tuvieron su corolario en el trabajo que en apoyo de esas transformaciones y, con el fin de acopiar el caudal de información que la hiciera posible, propició la Academia de Ciencias de Cuba. Los resultados alcanzados se publicaron en un número importante de monografías, que tuvieron su mayor centro de interés en Guane, Isla de la Juventud, Sierra del Rosario y el Valle del Yumurí y la Ciénaga de Zapata, en el Occidente; la cordillera del Escambray y sus zonas aledañas, en el centro; y la Sierra Maestra, y sus inmediaciones, en las regiones de Guantánamo, Baracoa y Valle del Cauto, en el Oriente; debido a que se trataban de zonas estancadas o de decadencia reciente.

Entre las obras de este corte, baste con señalar “Latifundismo y especulación. Notas para la historia agraria de Isla de Pinos”, de Delfín Rodríguez y Gloria García; “Historia de Cayajabos” de Julio Le Riverend, Erasmo Dumpierre y Francisco Pacheco; “Piratería y colonización de Isla de Pinos”, de Antonio Núñez Jiménez; “Historia de Santa Cruz del Norte”, de Gloria García; y “Tres siglos de historia de un latifundio cubano; Puercos Gordos y el Salado”, de Juan Pérez de la Riva; así como trabajos más puntuales sobre Geografía, regiones naturales, marco natural y otros asuntos, de los territorios en cuestión.

Para la entronización de la planificación en el ordenamiento de la economía y el desarrollo regional, se asumió esta especialidad dentro de los estudios universitarios y de formación técnica, y se establecieron dependencias de planificación física en los diferentes territorios, en el empeño – no siempre alcanzado - de asumir en forma científica la distribución de los recursos en los distintos espacios, no solo para las zonas rurales, sino también para las urbanas. Parte importante dentro de este proceso, jugaron los arquitectos de las nuevas promociones, que serían los especialistas más socorridos e idóneos para la dirección/realización de esta tarea, y cuya experiencia dará lugar, posteriormente, a una serie de libros sobre la evolución de nuestras ciudades, enriquecedores de las perspectivas de nuestra historia regional.

La temática siempre recurrente en estos años, de las desigualdades regionales, también en boga a nivel internacional, tiene su resultado más significativo en la publicación por Pérez de la Riva, en 1969, en la revista

Cuba Internacional, de su artículo “Una Isla con dos historias”, donde lleva a un nivel de fundamentación superior, los trabajos emprendidos con anterioridad tanto por Ramiro Guerra, como por la generación posterior, al estilo de las consideraciones de Le Riverend sobre el tema. La argumentación mediante cifras, utilizadas en términos comparativas, de la existencia de una Cuba A (Occidente) plantacionista, y una Cuba B (Centro oriental) de economía de autoconsumo, daba una nueva perspectiva y sistematización a las diferencias regionales. Temática que acompañó el autor, con consideraciones críticas sobre del grupo plantador occidental, y derivaciones políticas, que en lo concerniente al anexionismo camagüeyano, resultaron esquemáticas.

En resumen, como resultado de estos primeros doce años, el balance a realizar, es, como ha planteado con anterioridad el historiador cubano Hernán Venegas, el de una urgente necesidad de estudios monográficos regionales (23). Lo que se expresa, coincidentemente, por Le Riverend, en su trabajo “sobre la ciencia histórica en Cuba” (1969), y por Jorge Ibarra, en “Algunos problemas teóricos y metodológicos de la historiografía cubana” (1971). Tendencia, no ajena a los intereses de acción del Estado cubano, en cuanto a una mejor distribución de los recursos, con una consecuente participación de las regiones en su distribución; y no ajena a los reclamos que a escala internacional se hace para priorizar las relaciones entre el campo y la ciudad, del trabajo rural, y de la conjugación, en su sentido más amplio, de la geografía y la historia con el fin de alcanzar una dimensión humana en la organización de los territorios, otorgándole autonomía a la historia local.

1971 - 1989

Una nueva orientación dirigida a la incorporación de la Isla a las exigencias de una integración regional entre los territorios que buscaban un sistema de cooperación territorial superior al propiciado por el mercado mundial capitalista, surge en este período, caracterizada por la realización de esfuerzos dirigidos a alcanzar la institucionalización del país y la creación de la base técnico material para la construcción del Socialismo. Parte de este empeño, se hizo realidad con la confección de los censos de población de 1970 y 1981, con la multiplicación de las comunicaciones y el sistema vial, con la construcción de una carretera central de 6 vías que en su concepción original buscaba unir a todo el país; con la puesta en práctica de un sistema energético nacional integrado, que contemplaba, en su momento, la utilización de la energía nuclear; y con la aplicación de un sistema de planificación física que además de tener en cuenta la nueva división política administrativa de la Isla, en 14 provincias y un municipio

especial, era parte consustancial de las expectativas abiertas como resultado de la integración de su territorio a la división internacional de los recursos propiciada en el seno del Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME).

La nueva orientación, ostensible en el planeamiento económico y la institucionalización política, tuvo el inconveniente de la asunción de una enseñanza del marxismo esquemática, y una integración/supeditación, en este mismo corte, de la historia nacional a una historia del movimiento obrero y comunista internacional, que sin dudas resultó perjudicial, pero no impidió – aún con las dificultades que de ella devino - el progreso de las ciencias sociales y de la historia regional, en particular. La extensión de los estudios universitarios, en distintas magnitudes, a las 14 provincias y al municipio especial Isla de la Juventud, significó una ampliación considerable de este tipo de enseñanza, que logró, con la sistematización de los planes y programas y la exigencia de tesis de graduación para los estudiantes de las áreas de historia, un salto cualitativo en la calidad de los graduados.

Todo ello en momentos que una nueva generación de historiadores, graduados bajo el sistema de la Reforma Universitaria de 1962, hizo su irrupción en un quehacer historiográfico manifiesto en el incremento y reanimación de revistas especializadas, y de publicaciones históricas. Dentro del campo específico de la historia regional, la acción de las universidades de Las Villas, Santiago de Cuba y La Habana, desempeñaron un rol protagónico. Muy en especial la primera de estas alta casas de estudio, que aún sin contemplar una Licenciatura en Historia -entre el conjunto de sus especializaciones-, propició, mediante un eficaz grupo de profesores, la realización de tesis sobre historia regional, que empezaron aparecer en la Revista Islas, con una sistematicidad y calidad digna de encomio.

Entre este grupo de trabajos, en que a veces se aglutinaron profesionales del área de historia del arte, y de otras especialidades, destacan “Apuntes sobre la decadencia trinitaria”, de Hernán Venegas Delgado; “De la historia de Trinidad”, de Alicia García Santana; “El desarrollo económico social y político de la antigua jurisdicción de Cienfuegos entre 1877 – 1887”, de Carmen Guerra, Emma Morales y Danilo Iglesias; “Sobre la crisis esclavista en la antigua región de Cienfuegos”, de Carmen Guerra; “Apuntes sobre la organización de la economía cienfueguera y significación de los franceses fundadores en ella”, de Violeta Rovira; “Estudio de la economía cienfueguera desde la fundación de la Colonia Fernandina de Jagua hasta mediados del siglo XIX”, de Orlando García Martínez; “Un siglo de Historia local: el barrio de Arango (1825 – 1933)”,

de Iván Santos Vítores y Hernán Venegas; y “Consideraciones en torno a la economía mediana colonial”, del ya varias veces citado Hernán Venegas. Entre los logros, cabe mencionar, asimismo, la publicación de dos números monográficos de *Islas* dedicados a la ciudad de Remedios (1980–1982), y, en especial, al proceso de concentración/centralización de la industria azucarera en la región mediana, a finales del siglo XIX.

En el caso de las Universidades de Santiago de Cuba y La Habana - que eran las únicas en que el estudio mediante currícula de la historia estaba contemplada-, su labor estuvo en sus inicios centrada en la realización de estudios de campo, a partir de las necesidades del Estado, destacándose, en la de La Habana, las llevadas a efecto en el Escambray y Guantánamo, las que no tenían entre sus fines la publicación de sus resultados. La revista “Santiago”, al igual que la de la Universidad Central, dieron acogida a investigaciones regionales, aunque sin la asiduidad y unidad temática de la revista *Islas*. En esta labor sobresale, el haber dedicado un número monográfico dedicado a Santiago de Cuba (1977), que incluía la monografía “Trayectoria histórica de Santiago de Cuba (1515 -1607), de la profesora e investigadora de esa universidad, Olga Portuondo, y con la participación de trabajos de especialistas, de todo el país. Es de destacar, asimismo, “Manzanillo: origen y evolución” (1983), de la misma autora, y aparecidos en otros dos números de la referida revista, así como otros de Rafael Duharte, dedicados al tema de la esclavitud en la más oriental de nuestras provincias.

En lo tocante a la Universidad de La Habana, los trabajos estuvieron implementados en relación con investigaciones de corte regional sobre Isla de Pinos; con trabajos de carácter demográfico, a partir de un curso de verano, que sobre demografía impartió el profesor francés Guy Bourdé, así como de las enseñanzas de Pérez de la Riva; y, sobre todo, con una experiencia única, mediante la utilización de los estudiantes de los últimos años de la licenciatura, para volcarlos en proyectos investigativos de gran magnitud y dispersión de fuentes, imposibles de llevar a efecto sin su colaboración. A diferencia de lo que ocurre con las universidades de las Villas y Santiago, los resultados investigativos de sus profesores no se concentraron, como tendencia, en una revista en particular, sino que están dispersos entre la Revista de la Biblioteca Nacional José Martí (RBNJM), de la revista Universidad de La Habana, y las ya mentadas “Santiago” e “Islas”.

Lo más destacado de esta labor, se relaciona con las investigaciones que sobre la “United Fruit Company”, se realizaron en el curso 1971 – 1972, en los dos ingenios de esta compañía, ubicados en las bahías de Banes y Nipe,

en la antigua provincia de Oriente; y la que sobre los ferrocarriles de Cuba, se lleva a efecto en 1974. Bajo la tutoría de los profesores Oscar Zanetti y Alejandro García, y con la redacción final a su cargo, se logró en “La United Fruit en Cuba, un caso del dominio imperialista en Cuba” (1976) un estudio de una empresa -de concepción vertical para la extracción de ganancias en cada una de las etapas del proceso productivo-, que incorpora, en plena concepción de historia regional, la influencia que esta tuvo en la vida de la comunidad, mediante: la modificación que propició del paisaje, la red de servicios de todo tipo que implementó y el control casi absoluto que ejerció sobre la población existente. Y la que, con el mismo procedimiento, culmina con “Caminos para el azúcar” (1987), libro clásico sobre esta temática, indispensable para la reproducción de la estructura productiva del país.

Resultados sobre historia regional se alcanzan, asimismo, en una investigación sobre la Isla de la Juventud, llevada a efecto, también, con la labor de acopio de información por parte de los estudiantes del último año de la carrera, y que solo alcanzó resultados parciales en “Aproximaciones a una historia regional de Isla de Pinos” (1978), de Arturo Sorhegui. Trabajo referido a las singularidades de una región deprimida de Cuba, que siendo Isla no evoluciona como tal, al no disponer debido a los bajos fondos que la circundan y de su incomunicación por el sur, una salida directa al exterior. La temática de la historiografía regional, es nuevamente abordada por Sorhegui en la monografía “El surgimiento de una aristocracia colonial en el occidente de Cuba en la segunda mitad del siglo XVI” (1980), donde, además de reproducir el proceso de mercedación de la tierra en el occidente, en las variables de fundos rurales, estancias y solares, fundamenta el surgimiento del grupo insular que detentará el gobierno local a partir de alcanzar el repartimiento del territorio a su favor. La que extiende al siglo XVII, en “¿Cómo se estructuró bajo la dominación colonial española la primera ocupación del espacio de La Habana? (1985), del mismo autor.

De especial interés fue la realización de trabajos con los registros parroquiales de las iglesias de Santa María del Rosario y El Cano, efectuados bajo el auspicio de las orientaciones de Guy Bourdé, y de los cuales, solo el de Bourdé “Fuentes y métodos de la demografía en Cuba” (1974), apareció casi en su totalidad. De este conjunto, el proyecto más ambicioso fue el del Cano, en la medida que incluía, entre sus objetivos, alcanzar una reconstrucción de familias. Los estudios generales de población, el análisis de los censos anteriores, y los específicos de inmigración, ya iniciados por Pérez de la Riva desde los años iniciales de la revolución, alcanzaron en este momento sus proyecciones más ambiciosas.

En este conjunto de temáticas demográficas, cabe resaltar la labor de sistematización de la información censal, realizada por el Centro de Estudios Demográficos, en la publicación “Los censos y padrones de la época colonial y la primera intervención norteamericana (1976)”, y las investigaciones puntuales sobre “El censo cubano de 1877 y sus diferentes versiones” (1979), de Fe Iglesias; la propia de “El Departamento Oriental visto a través de los padrones (1756 – 1766)”, de Olga Portuondo (1987); y la “Presentación de un censo ignorado; El Padrón General de 1778” (1977), de Juan Pérez de la Riva. Sin olvidar, igual destaque sobre la temática: inmigración, de especial provecho para un territorio que se ha formado como resultado de la incorporación y arraigo de integrantes de etnias provenientes de otras partes del mundo.

En materia de inmigración vuelven a resaltar los trabajos de Pérez de La Riva en “Cuántos africanos fueron traídos a Cuba” (1977), “El monto de la inmigración forzada en el siglo XIX” (1977), “Aspectos económicos del tráfico de culíes chinos a Cuba”, y “La situación del culí en Cuba”. Se incorpora Jorge Ibarra, en su trabajo sobre los efectos de la inmigración antillana sobre los niveles salariales del país; continúan autores de una generación anterior, con José Luciano Franco en “Comercio clandestino de esclavos” (1971). **Y se agregan historiadores de una hornada reciente, en “Análisis de las causas de la inmigración en Cuba (1902-1932”, de Dominga González (1984); “Población y clases sociales en la 2da. Mitad del siglo XIX” (1983), de Fe Iglesias; o, desde otro ángulo, en “Cuba, Migraciones Internas” (1972), del Instituto de Planificación Física.**

El trabajo del activismo de historia, iniciado a finales del período anterior, con resultados de una cierta importancia en “Santa Ana-Cidra, Apuntes para la historia de una comunidad del municipio San José de las Lajas”, de José R. González Pérez, y “La constitución del municipio San José de las Lajas”, de Daniel Martínez Quintana, se propulsa hacia objetivos más ambiciosos al encargársele escribir las historias de las diferentes provincias y municipios del país, a partir de una metodología elaborada, para este fin, por especialistas cubanos en historia regional. En esta ocasión, los equipos fueron integrados, en los diferentes territorios, por profesores de los diferentes niveles de enseñanza, miembros destacados del activismo de historia e interesados, en general, en la historia regional y local. En un empeño atendido por un equipo del Instituto de Historia, encargado de su desenvolvimiento operativo y técnico, y de propiciar una cierta homogeneidad en los resultados a obtener.

El interés por las historias regionales y locales en su relación con la historia nacional, la formación del criollo y el cubano, y de qué podemos considerar por región resulta objeto de atención por un grupo de especialistas. Entre los trabajos de más interés están “De la historia provincial y local en sus relaciones con la historia general de Cuba” (1982) y “Notas acerca de las culturas ibéricas en la unidad y la diversidad de la historia de América Latina” (1980), de Julio Le Riverend; “Sobre la historia regional en Cuba: una experiencia sobre la región central” (1984), de Hernán Venegas; y “Criollidad y Patria Local en Campo geométrico”, de Olga Portuondo. Y alcanza un interés más generalizador y teórico, en el libro “La región en Cuba” de Hernán Venegas, que resume una parte de sus trabajos anteriores, y se publica en el 2001.

Al igual que sucede en estos veinte años en otras partes del mundo: urbanistas, exponentes de la sociología urbana, geógrafos e historiadores, hacen de la ciudad un objeto particular de análisis, a la vez que enriquecen los estudios regionales, profundizando en la interrelación espacio-ciudad. En este accionar múltiple, cabe destacar, la labor del arquitecto Roberto Segre, que ha logrado reunir una extensa bibliografía sobre el tema, entre la que sobresalen: “Diez años de arquitectura en Cuba revolucionaria” (1970), “Las estructuras territoriales y urbanas de Cuba” (1978), “Arquitectura y urbanismo de la revolución cubana” (1989), e “Historia de la arquitectura y del urbanismo: América Latina y Cuba”, con Eliana Cárdenas y Lohania Aruca. La del historiador del arte, Carlos Venegas Fornias en “Dos etapas de la colonización y expansión urbana”, (1977), “La urbanización de Las Murallas: dependencia y modernidad” (1990), “Plaza Vieja: Historia e identidad” (1981), con Lilian Peraza, y “La Habana”. (1986), con Antonio Núñez Jiménez. En este selecto grupo, debe incorporarse, asimismo, “La Habana de Tacón” (1989), de Felicia Chateloin.

El balance de la evolución de los estudios regionales a la altura de casi tres décadas de revolución, no era hacia finales de 1980 totalmente satisfactoria, pero resultaba esperanzadora, en la medida que ya habían surgido las dos primeras obras de síntesis en el campo de la regionalística, con “La conquista del Espacio Cubano” de Juan Pérez de la Riva, y “Problemas de la Formación Agraria de Cuba durante los siglos XVI y XVII”, de Julio Le Riverend. Obras que bien pudieran dar lustre a muestras historiográficas más exigentes.

La investigación “Problemas de la formación agraria de Cuba... había sido publicada, en números sucesivos de la Revista de la Biblioteca Nacional José Martí entre 1984 – 1986, y alcanzó condición de libro en 1992. La misma, era síntesis y superación de todo lo relacionado sobre este

particular desde el siglo XIX y una buena parte del XX, con los trabajos de los agrimensores Bernardo y Estrada, Benito Celorio y José R. Cañizares; las obras del cubano Esteban Pichardo y el español Jacobo de la Pezuela, así como las de Ramiro Guerra en “Introducción a la historia de la colonización española en América”(1930), y Francisco Pérez de la Riva en “Origen y Régimen de la Tierra en Cuba” (1946).”Problemas de la formación agraria... incorporó, además los resultados investigativos del autor alcanzados en “Vecindades y Granjerías” (1960), y “De la estancia al latifundio”, aparecida como material docente, en la década de 1960. En una síntesis, que además de abarcar el proceso de la evolución y apropiación de la tierra, incorporaba la vinculación hombre recursos naturales, y alcanzaba el más difícil campo de las relaciones de producción, manifiestas a través de censos, hipotecas, capellanías y gravámenes.

En el caso de la “La conquista del Espacio Cubano”, se trató, sin lugar a dudas, de una de las obras cimeras de la historiografía americana sobre el tema, con trascendencia a escala mundial. Aún cuando no estamos ante una investigación acabada - sus borradores se encuentran en las arcas del Colección Cubana de la Biblioteca Nacional José Martí -, establece pautas de trabajo al análisis del espacio en su dinámica propia, al lograr sistematizar en cifras los resultados de la relación hombre-espacio, ubicada en la historia de cada división administrativa, de cada localidad; todo especificado a nivel de departamentos, partidos, capitanías de partido, etc; con el total de hombres y mujeres, el índice de masculinidad para la población blanca y negra, la densidad de población por kilómetro cuadrado y la tasa geométrica de variación intercensal. Sin olvidar incluir, en cada una de las progresiones, las especificidades de cada área según los aumentos y disminuciones territoriales, entre un censo y otro para efectuar los cálculos.

1989 - 2006

En los últimos tres lustros, la evolución de los estudios regionales no puede desligarse de las acciones que a nivel de todo el país se realizan para poder superar los efectos que en la década de 1990 provocó la caída del campo socialista y la depresión del proceso inversionista. Los condicionamientos externos derivados de esta situación, provocaron una apertura hacia los sectores emergentes, entre ellos el del turismo, con saldos que favorecen a la capital y a la zona occidental, y que solo recién comienzan a revertirse (24).

Entre las diferentes líneas de trabajo que a través de las publicaciones podemos advertir para este período, se encuentra la del interés por alcanzar

la ansiada síntesis abarcadora de la historia nacional. Este es el caso de la Obra Historia de Cuba que coordinada por el Instituto de Historia de Cuba, ha contado con especialistas de todo el país y de las más diferentes áreas de procedencia, y que a partir de 1994 empezó a publicar sus resultados. Tres de los cinco tomos con que deberá contar la obra ya han sido publicados (25). En ellos, aunque con sus altibajos, se ha alcanzado una síntesis que hace suya las exigencias de la historiografía moderna, e integra la evolución de los diferentes espacios de la isla, al nivel de los estudios históricos insulares. Con resultados superiores en los tomos de colonia, que en los de República. Entre sus subproductos, se encuentra el de definirse con mayor precisión aquellos aspectos, temáticas o períodos insuficientes, los que se asumen, en este momento, como líneas de trabajo futuro.

Otro ejemplo, lo encontramos en “La Habana, Espacio y Vida” de Julio Le Riverend. En ella nuestro experimentado autor, hace una síntesis de la historia de la Capital, en la que aparecen los elementos propios de su evolución en lo distintivo a cultura, vida cotidiana, integración y evolución de sus barrios – sin lugar a dudas, lo de más valor -, y evolución social. No obstante, su utilidad; la obra queda por debajo de lo que era de esperar para un empeño de esta naturaleza, luego de los avances alcanzados en la explotación y sistematización de la información disponible en las Actas Capitulares y los Protocolos Notariales.

Entre los resultados más sobresalientes acerca de la historia regional – aunque no se trate de una obra de síntesis -, cabe mencionar “Último escalón alcanzado por la plantación comercial azucarera esclavista (1827-1886)” (2003), de Modesto González Sedeño. Esta obra, abre nuevas posibilidades al estudio del espacio en lo que atañe al territorio central de la Isla, y da nuevos matices para comprender las posibilidades de la extensión territorial de la plantación y sus consecuencias en la ocupación del occidente del país, con la estructura y evolución social que de ella se deriva.

El interés por el estudio de las ciudades se reitera en la historiografía cubana de estos años. En acciones que se constatan en eventos, cursos de maestrías y acciones investigativas emprendidas por diferentes centros. Una modalidad de ella, resultan los libros de compilación que permiten aunar las visiones de diversos especialistas en una integración de contenidos que trata de alcanzar, en la medida de lo posible, una historia total. Entre ellos, cabe resaltar, “La Habana Veracruz/Veracruz La Habana, Las dos orillas”, del profesor veracruzano Bernardo García y el cubano Sergio Guerra; “La Habana, Puerto Colonial siglos XVIII –XIX”, coordinada por los españoles Agustín Guimerá y Fernando Monge; y

“Cuba y sus puertos (siglos XV y XVI). Memoria del 1er. Coloquio Internacional “Ciudades Portuarias de Ibero América y el Caribe”, en que la compilación estuvo a cargo de los investigadores del Instituto de Historia de Cuba, Mercedes García, Yolanda Díaz, Gustavo Placer y Marilyn Fernández.

Otra variante de este mismo esfuerzo lo tenemos en los centros de investigación y de estudios, como son los casos de los especialistas vinculados con el Instituto de Planificación Física, el Grupo de Desarrollo de la Ciudad, la Oficina del Historiador y el Centro de Estudios Demográficos de la Universidad de La Habana (CEDEM).

Entre los resultados a tener en cuenta, están, en el caso de Planificación Física, los libros “El ordenamiento territorial como opción de política urbana y regionales en América Latina”, de Ricardo Jordán; “40 años de Planificación Física” de Héctor Cuervo; y “Relaciones regionales de los asentamientos de Base”, de C. Álvarez. Del Grupo de Desarrollo de la Ciudad, destacan: “Sobre los planos, esquemas y planes directores de la Ciudad de La Habana”, de Mario González Sedeño; “500 años de Construcciones en Cuba”, de Juan de las Cuevas; así como “Síntesis geográfica, económica y cultural”.

Con respecto a la Oficina del Historiador, los libros “La Habana: ciudad viva”, de Raida Mara Suárez, y “Viaje en la memoria; apuntes para un acercamiento a La Habana Vieja”; y del Centro de Estudios Demográficos, los trabajos aparecidos en el libro “Hacia un desarrollo sostenible”, de que es compilador Gilberto Javier Cabrera, en el que se incluye “Proceso de urbanización y concentración de la población rural dispersa (1970 – 1981)” de Norma Montes, y “Desarrollo regional en Cuba. Retos y perspectivas”, de Juan Carlos Albizu.

La experiencia de los arquitectos en el trabajo de planificación física, es recogida en el libro “La historia como condicionante del territorio, el caso Cuba”, de Enrique Fernández. Y a la historia de La Habana, es dedicada, asimismo, el número 340 de la Revista Arquitectura / Cuba, que incluye, en otra de sus ediciones, un trabajo sobre el desarrollo económico y demográfico de Matanzas.

Entre la actividad múltiple que en la cultura cubana ha desarrollado el Centro Juan Marinello, se encuentra, además de sus eventos, el libro “Cuba y sus pueblos, censos y mapas de los siglos XVIII y XIX”, de Carlos Venegas Fornias, quien, además ha publicado, en este período, “Plazas de intramuros”. De este mismo Centro, debe destacarse la línea de trabajo

sobre familia, que coordina Ana Vera, de tantas implicaciones para el trabajo regional.

Otro equipo que ha logrado resultados, es el que vinculando a geógrafos, historiadores, y especialistas de distintas materias ha coordinado Lohania Aruca, quien promovió la coordinación de un evento internacional sobre la Comisión de Guantánamo que en el siglo XIX propició el Conde de Mompo y Jaruco. Fruto de la labor del evento, es el libro “La Real Comisión de Guantánamo en Cuba 1787 – 1802”, coordinado por la ya citada Lohania Aruca, y Reinaldo Funes Monzote y Raúl Díaz Martín.

La necesidad del desarrollo de una historia regional y local en Cuba, surgida de necesidades internas bien definidas por parte de historiadores, sociólogos, geógrafos y urbanistas, y la voluntad política del Estado cubano, resulta en parte coincidente con la corriente historiográfica que después de 1968 busca alcanzar una mayor base de conocimiento histórico ante el inconformismo reinante con respecto a la capacidad de las Ciencias Sociales de aprehender el mundo actual. Situación manifiesta con el paso de la historia de las estructuras a la de los actores, de las historias generales a las historia regional y local, y de los procesos macro históricos a los universos micro históricos. Con la singularidad, de que la atomización de la historia que le es común, no ha olvidado el interés por realcanzar una historia más abarcadora y total.

CITAS Y NOTAS

(1) Aunque la ciudad constituye una “construcción” social gestora de problemas sui generis, ante aglutinamientos humanos de más de 100 mil habitantes. Ella resulta, además, parte consustancial de la historia regional, en la concepción espacio – ciudad que le es propia, al resultar una zona de irradiación e influencia hacia el espacio rural contiguo, con el que está íntimamente relacionada. En las condiciones de la conquista de América, la ciudad fue el centro de expansión de que se valió España para la expansión de su presencia militar, económica y social, funciones algo alejadas de los prototipos europeos relacionados con la división del trabajo que suscita el desplazamiento de la población rural hacia los Burgos.

(2) La labor propagandística es una de las características que distingue a la historiografía iluminista, peculiaridad presente en Cuba en los historiadores criollos del siglo XVIII, tales como: Pedro Agustín Morell de Santa Cruz, Obispo de Cuba, autor de “Historia de la Isla y Catedral de Cuba”; José Martín Félix de Arrate, regidor del ayuntamiento de La Habana, escritor de la “Llave del Nuevo Mundo y Antemural de las Indias Occidentales. La Habana descrita. Noticias de su fundación, aumentos y estados”; Nicolás

Joseph de Ribera, “Descripción de la Isla de Cuba”; y Bernardo de Urrutia y Matos, “Resumen de los intereses y aumentos de la Isla en cuanto comerciable”. A los que pueden sumarse otros, de los cuales conocemos los títulos de sus obras, pero no su contenido: Ambrosio Zayas Bazán, “Descripción de la ciudad de La Habana y de la Isla de Cuba”; José Manuel Mayorga, “Historia de la Universidad Literaria de San Jerónimo de la Isla de Cuba”; y José González Alfonseca, “Origen, fundación, progresos, gobierno, cátedras y estudios de la insigne Pontificia y Real Universidad de San Jerónimo”.

(3) Ribera, Nicolás Joseph: “Descripción den la Isla de Cuba”, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1986, p. 177.

(4) Mientras José Martín Félix de Arrate era partidario de la utilización de la mano de obra indígena, Nicolás Joseph y Bernardo de Urrutia y Matos abogaban por la mano de obra esclava.

(5) Una prueba de esta afirmación resulta del hecho de que todos los historiadores criollos, obtuvieron apoyo de funcionarios española para la realización de sus obras. La Historia de Ambrosio Zayas, la patrocinaron el Capitán General Guazo Calderón y el Consejo de Indias; la de Bernardo de Urrutia, el marqués de la Ensenada, Zenón Somodevilla; la de Arrate, el conde de Floridabalnca; y la de Nicolás Joseph, el Capitán General Francisco Cagigal de la Vega.

(6) En una fecha tan temprana como 1759, Carlos III expidió una Real Cédula, dirigida a advertir a los funcionarios coloniales de América la conveniencia de reunir y remitir datos geográficos y estadísticos, y noticias históricas sobre cada una de las jurisdicciones de los virreinos y capitanías. Información de la que deriva la estrategia de fundar nuevas poblaciones en Cuba, con la Tenencia de gobierno de Nueva Filipinas (Pinar del Río) (1745), la Colonia Reina Amalia (Isla de Pinos), Jagua (Cienfuegos), Nuevitas y Guantánamo, entre otras.

(7) Entre los oficiales del ejército y marina que se destacaron en la elaboración de monografías, se encuentran: el teniente de caballería y agrimensor público, Alejo Helvecio Lanier; el Capitán de fragata de la Real Armada, Juan de Tirry Lacy; el coronel de ingenieros, José J. Vascourt; el Coronel de infantería, Julián Ajo y Jacques; y el Coronel de infantería, agregado del regimiento de La Habana, comandante de la columna móvil de la Vuelta Abajo y jefe principal de las secciones 7ma. y 8va. del Departamento occidental, Joaquín de Miranda y Madariaga, autor de una muy completa memoria sobre Isla de Pinos, en el “Ensayo estadístico, político y militar de la Isla de Pinos”. Miranda y Madariaga era considerado el principal estratega del plan de defensa para ripostar una posible invasión a Cuba por parte de las fuerzas independentistas de México y Colombia.

(8) Entre las monografías publicadas por la SEAP podemos consignar, “Noticia histórica y geográfica de Sancti Spíritus” de Francisco Lavalée; “Memoria histórica, geográfica y estadística de Cienfuegos y su jurisdicción”, de Pedro Oliver y Bravo; “Historia geográfica, topográfica y estadística de la villa de Cienfuegos”, de Alejo Helvecio Lanier; “Historia de Santiago de Cuba”, de José M. Callejas; “El Bayamo”, de José de Estrada; “Historia de Santa María del Rosario”, de Cayetano Núñez de Villavicencio; “Descripción topográfica de la Isla de Pinos”, de José Labadía; “La ciudad de San Carlos de Matanzas”, de Esteban Pichardo; “Apuntes históricos para la ciudad de Nuevitas”, de Nicolás de Cárdenas y Rodríguez ; “Historia de Santa María de Puerto Príncipe”, de Tomás Pío Betancourt; “Historia de Sancti Spíritus”, de Tadeo M. Moles; “Memoria sobre el Bejucal”, de Manuel Mariano Acosta; y la “Historia de Guanabacoa”, del ya mencionado Cayetano Núñez de Villavicencio.

(9) Sobre este particular, consultar Adrián Del Valle: “Índice de las Memorias de la Sociedad Económica de Amigos del País 1793 – 1896”, Molina y Cía Impresores, La Habana, 1936. Tomo III

(10) Funtanellas, Carlos: “El Diccionario de Pezuela, 1863” Revista de la Biblioteca Nacional José Martí (3), septiembre-diciembre 1978.

(11) Madoz, Pascual: “Diccionario geográfico, estadístico, histórico de España y sus posesiones de Ultramar”, editado entre 1848 – 1850, en 16 volúmenes; aunque hace referencia a las posesiones de Ultramar, no incluye a Cuba ni Puerto Rico.

(12) Sobre este particular, ver: Manuel Moreno Fraginals: “La brecha informativa. Información y desinformación como herramienta de dominio neocolonial en el siglo XIX”, Revista Santiago (29), marzo 1978.

(13) Desde la década de 1840 Noda y de la Torre comenzaron a reunir datos para confeccionar un diccionario geográfico e histórico cubano, para lo cual solicitaron infructuosamente apoyo a las autoridades españolas para compilar y publicar la obra. Funtanellas, Ob. Cit (10), p. 117

(14) El mejor análisis de Ambrosio del Valle Hernández como demógrafo se debe a Juan Pérez de la Riva, ver: Juan Pérez de la Riva: “Antonio del Valle Hernández, ¿el primer demógrafo cubano? en: Suscinta noticia de la situación de la presente colonia. 1800, Ciencias Sociales, La Habana. Consultar, asimismo, “El país de la Habana en los albores del siglo XIX según Antonio del Valle Hernández” en: Revista Economía y desarrollo (23), mayo-junio, 1974.

(15) Funtanellas Ob. Cita. (3) p. 118.

(16) Fruto de una minuciosa y paciente labor en el Archivo General de Indias, Irene Wright elaboró dos obras sobre La Habana, escritas en español: “Historia Documentada de San Cristóbal de La Habana en el siglo XVI”. Imprenta el siglo XX, La Habana, 1927. E “Historia Documentada de San Cristóbal de La Habana en la primera mitad del XVII”. Imprenta

“El Siglo XX”, La Habana, 1930. Las dos, presentadas por la autora a los concursos convocados por la Real Academia de la Historia de Cuba en 1919 y 1924, respectivamente.

(17) Zanetti, Oscar: “Isla en la Historia. La historiografía de Cuba en el siglo XX”. Ediciones Unión, (s.l.e), 2005. p. 33.

(18) En el primer Congreso Nacional de Historia, convocado por la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, en 1942, Le Riverend planteó la necesidad de emprender estudios históricos regionales; y en el VII Congreso Nacional de Historia, celebrado en 1948, reiteró que la historia regional y local “debía ser considerada como uno de los elementos básicos de la versión historiográfica del pasado nacional, pronunciándose por el rescate y publicación de las obras de historia regional presentes y futuras. Tomado de: Hernán Venegas Delgado: “Veinticinco años de historia regional en Cuba revolucionaria (1959-1983)”, en: Revista de la Biblioteca Nacional José Martí, (2), mayo-agosto 1985. pp. 13-14

(19) Los vínculos con el Colegio de México comienzan hacia 1944, cuando Alfonso Reyes crea una beca dentro de esta institución para Cuba e invitó a Fernando Ortiz que hiciera una propuesta, definiéndose por Julio Le Riverend, que se integra, por esta vía, a la segunda generación del Colegio de México. Modalidad por la cual se integran, con posterioridad, otros cubanos, quienes participan en los cursos historiográficos de O’ Gorman o Silvio Zavala, y se relacionan con los historiadores españoles republicanos, José Gaos, Juan Comas y Pedro Bosch, entre otros.

(20) Guerra, Sergio: “Tres estudios de historiografía latinoamericana”, Universidad Michoacana San Nicolás de Hidalgo, Morelia, 2002. pp. 40-41.

(21) La profesionalización de la historia en Europa se relaciona con las simpatías nacionalistas de principios del siglo XIX y se manifiesta con la fundación de la Universidad de Berlín en 1810 y la Sorbona en 1812. Poco después, se establecieron sociedades para la recopilación y publicación de documentos históricos, como sucede con la sociedad para los Monumenta Germaniae Historica en 1819, la Ecole de Chartes en 1821. El surgimiento de la Sección de Historia de la Sociedad Económica de Amigos del País, en 1828, o la Academia de la Historia, en 1910, pueden reflejar este interés, pero no significaron una profesionalización de los estudios históricos. Lo que ocurre realmente a partir de la Reforma Universitaria de 1962, con la creación de las Escuelas de Historia en La Habana y Santiago de Cuba.

(22) Venegas Delgado, Hernán: “Veinticinco años de historia regional en Cuba revolucionaria (1959-1983)”, en: Revista de la Biblioteca Nacional José Martí, (2), mayo-agosto 1985. p. 13.

(23) *Ibíd.*, p.16.

- (24) Montes Rodríguez, Norma: “Desarrollo regional en Cuba. Retos y Perspectiva”, en Gilberto Javier Cabrera (comp.) “Hacia un desarrollo sostenible”, Centro de Estudios Demográficos Universidad de La Habana, 2003.
- (25) Instituto de Historia de Cuba: “La Colonia; evolución socioeconómica y formación nacional”, Editora Política, La Habana, 1994. Tomo 1. “Las Luchas; por la independencia nacional y las transformaciones estructurales”, Editora Política, La Habana, 1996. Tomo 2. “La Neocolonia; organización y crisis”, Editora Política, La Habana, 1998.